

vativo de dicha enfermedad, indicado por muchas personas que le han empleado con buen éxito.

Consiste en la inoculación de la vacuna en el tubo de vidrio, según los progresos conocidos. La operación se hace en la espalda, después de esquilado el pelo, para que no impida el éxito.

Es inútil hablar de las preparaciones que se deben tomar para prevenir el movimiento del perro durante la operación, porque son fáciles de imaginarse.

VIII

«Se llama *agravación* una enfermedad que consiste en la inflamación de la red vascular que se encuentra bajo el curtido envoltorio que cubre á los tubérculos plantarios.

La *agravación* no se presenta más que en los perros de caza, que naturalmente, hacen mayor y más continuo ejercicio que los otros.

Es una afección muy frecuente en la época de la apertura de la caza, atacando con preferencia á los perros cuyas prominencias epidérmicas de los pies han perdido espesor por efecto de un largo período de inacción y de descanso. También se manifiesta en los perros jóvenes, cuyo ardor les tiene en constante movimiento y les impide sentir las heridas y el cansancio.

Ordinariamente resulta de un trabajo prolongado sobre un terreno duro, pedregoso y calentado por el sol, lleno de espinas y malezas, ó cubierto de nieve endurecida ó de hielo.

La inflamación comienza por los tubérculos plantarios, se propaga insensiblemente y concluye por invadir toda la pata. Ésta se hincha, se enrojece y se arde con la calentura.

El perro entonces anda con sumo trabajo, apoyándose en los talones, dificultad en la marcha que se acentúa cuando camina sobre terreno duro. Así es que el animal permanece echado la mayor parte del tiempo. Si se le obliga á levantarse, se pone en pie con grande esfuerzo, y una vez conseguido muestra una fisonomía llena de angustia y de ansiedad, sus facciones se crispan, los miembros se inclinan al centro de gravedad, levanta el lomo y anda dando pasos cortos y fatigosos.

La dolencia recorre sus períodos con más ó menos rapidez, según sea la irritación de las partes locales atacadas.

Unas veces el animal cojea de un modo repentino; otras veces la cojera no se presenta hasta pasadas algunas horas después de la invasión del mal, siendo los dolores tanto más intolerables cuanto más tiempo ha permanecido acostado el enfermo.

Es raro que los síntomas que acabo de describir no vengan acompañados de un estado febril muy manifiesto: el pulso es duro y agitado, la respiración acelerada, las mucosas aparentes inyectadas, la piel del vientre tirante, la orina escasa y el apetito nulo.

Cuando la inflamación de los tejidos del pie es leve, el mal se cura por sí mismo al cabo de pocos días. No sucede lo propio cuando es violenta y la congestión llega á su último grado. Entonces, y por consecuencia de la hinchazón, los cojinetes plantarios se cubren de grietas que chorrean sangre purulenta. Al llegar el mal á mayor período de gravedad, sucede que la epidermis córnea de la planta del pie se desprende á trechos ó en totalidad, fenómeno que se designa con el nombre de *despalmadura*. Casos ocurren, aunque muy raros, en que se desprenden hasta las uñas.

Dadas estas complicaciones, que pueden averiar á un perro para siempre, haciéndolo del todo inútil para el ejercicio de la caza, se comprenderá que, cualquiera que sea la forma con que se presente el mal, por más que aparezca muy benigna, es indispensable adoptar de seguida un tratamiento apropiado á las circunstancias.

Por último, se combate con éxito satisfactorio la inflamación friccionando á los animales con vinagre caliente. Una ó dos fricciones al día son suficientes, variando de sitio y no dándolas siempre sobre uno mismo.

Insisto sobre este punto, porque se acostumbra á decir que la enfermedad de que me ocupo no reclama cuidados especiales sino cuando presenta ciertos caracteres de gravedad, creyéndose erróneamente que bastan algunos días de descanso en buena cama de paja fresca, y un alimento ligero, como sopas de leche, por ejemplo, para que el perro se cure.

Si este tratamiento higiénico es suficiente en ciertos casos, no sucede lo mismo en otros, siendo impotente para atajar los progresos del mal, no siendo práctico ni prudente esperar á que surjan complicaciones para adoptar un plan enérgico curativo.

Hé aquí lo que se ha de hacer desde el principio: moderar la afluencia de la sangre hacia las extremidades, acelerar en ellas la circulación y combatir la irritación á todo trance.

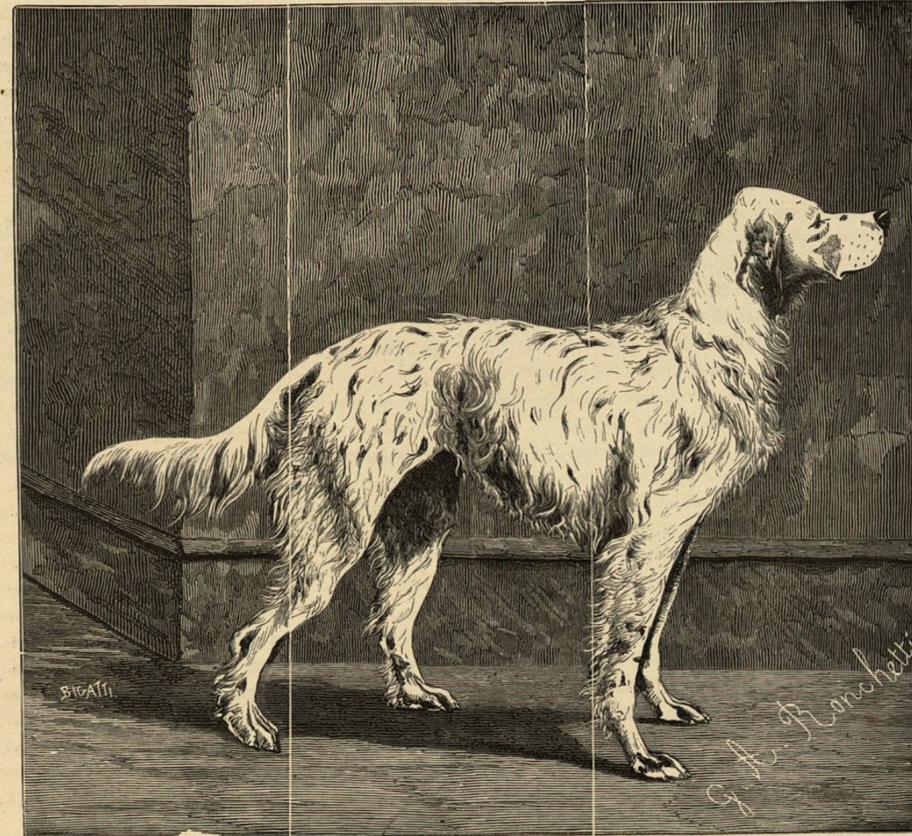
En el primer caso, la dieta y una ligera sangría se-

rán utilísimas, sobre todo si se trata de jóvenes sanos y robustos. La sangría se practicará en la yugular, bastando otras veces cortar las uñas hasta dejarlas al rape con la carne.

También se emplean, como medios auxiliares, los astringentes en los pies, la nieve, el hielo, el agua fría, y en su defecto el agua enfriada por mezclas refrigerantes; los baños de sulfato de hierro (un puñado de

esta sal por cada quince litros de agua) y cataplasmas de yeso diluido en vinagre. Cuando la hinchazón de la pata es grande, y se teme sobrevenga la gangrena, es preciso, sin pérdida de momento, practicar algunas sajaduras con lanceta ó bisturí, lavando las cisuras con una solución del sulfato de hierro, indicado anteriormente.

La medicina veterinaria ofrece, con relación á las en-



Perro setter Laverack

fermedades internas, una dificultad grave que no se encuentra en la medicina humana, y es la de que el animal irracional no puede explicar su dolencia, sitio en que reside el mal, antecedentes, etc., etc. Por conjeturas es por lo que se llega al conocimiento de la verdad. Se calcula que un perro está enfermo cuando deja de comer, cuando está triste y busca los rincones para echarse, ó cuando el brillo del pelo se le pone mate; pero ignoramos la clase de indisposición que le

atormenta. Entonces se le examina con cuidado, procurando descubrir algún síntoma que caracterice la enfermedad. Trátasele en consecuencia, si así se consigue; pero, de lo contrario, fuerza es abstenerse de aplicarle á ciegas remedios que pueden agravar el mal en vez de combatirlo con eficacia.

Baños.—Si los baños no tienen otro objeto que la limpieza del animal, no reclaman preparación alguna, y el perro puede bañarse en agua cualquiera; pero

empleados como medicamento son muy útiles y convenientes para enfermedades de la piel, ó cuando se trata de que el animal permanezca algún tiempo en una atmósfera caliente que facilite y dé actividad á la circulación de los fluidos. Se administran más ó menos calientes, según los casos. En primer lugar, es preciso que la tina ó recipiente sea capaz de contener bastante agua para que, puesto de pie, le cubra el lomo. El agua se agita de continuo con una mano, frotando con la otra el vientre y los riñones del enfermo. Al cabo de media hora se le deja salir y que se sacuda, secándolo de seguida con un manajo de paja fina hasta que no quede humedad en la piel. En el invierno se le coloca junto á la lumbre, á fin de se seque perfectamente.

Fuego.—Aunque el fuego se usa más para el caballo que para el perro, es, sin embargo, preciso en ciertas ocasiones como tónico y como escarótico ó remedio cáustico. Se aplica con objeto de combatir los derramamientos después de haber empleado sin éxito los disolventes oportunos. Esta operación, que exige una mano bien amaestrada, ha de practicarse por un facultativo veterinario. El fuego aquí obra como tónico, y el cauterio se debe aplicar con gran circunspección, por lo mismo que ha de ser fuerte y enérgico.

Pero cuando se trata de extirpar úlceras, ó el virus hidrofóbico ó ponzoñoso inoculado por la mordedura de un perro rabioso ó la picadura de alguna serpiente, entonces el fuego obra como escarótico, y se ha de cauterizar hasta que el sitio dañado se carbonice y aun quede alrededor una línea de carne sana quemada por el hierro candente.

Gargarismos.—Cuando el perro aqueja alguna inflamación á la garganta se hace un cocimiento de cebada con dos cucharadas de miel bien hervida. Se despuma, y se obliga á tomar un vaso al animal.

Lavativas.—La mayor parte de las enfermedades de los perros provienen de irritación excesiva, y las lavativas refrescantes los alivian mucho. Se les ponen de agua de salvado, de cocimientos de lino, de lechuga, de achicoria y de perifollo. También se hacen emolientes con cocimientos de malvavisco, de malvas, de mercurial, de hierbacana, de flor de violeta, de parietaria, etc., etc., añadiendo una onza de miel común, y otras veces aceite de almendras dulces, ó cualquier sustancia oleosa. Las lavativas han de ponerse cuatro ó cinco horas después que el perro haya comido.

Cura de las heridas.—No es muy fácil esta operación en los perros á causa de la dificultad de fijar el apósito. Siempre que hay necesidad de aplicar un un-

guento se unta bien la parte dolorida, cubriéndola luego con una bola de hilas cortas y casi deshechas. Si el perro se lame, se le pone un bozal ó se le ata de modo que no pueda mover el cuello. Este último medio es preferible y conviene emplearlo siempre que se quiera impedir el que un perro roce con la lengua ó con los dientes el lugar de la herida. A veces, si las circunstancias lo permiten, se sujeta el apósito con una venda.

Purgantes.—Cuando el animal no sufre más que una ligera indisposición, ó bien si se trata únicamente de prepararlo para un plan curativo, se le da pan con sebo ó sopa hecha con cabeza de carnero sin desollar. Maná hervido con leche, ó una onza de jarabe de espino cervical mezclado también con leche, es un purgante muy bueno.

Para hacer tragar á un perro determinado rebaje, se le sujeta entre las piernas, y, abriéndole la boca á la fuerza, se le introduce el líquido. Tropiézase frecuentemente con la resistencia del animal, grave accidente que contribuye á veces á que el líquido caiga en los pulmones y lo ahogue. Lo más sencillo, si se le quiere purgar, es dejarlo un día en ayunas, ó darle el jarabe con la leche para que lo beba libremente.

Como los purgantes más activos, caso de exigirlo así la enfermedad del perro, consisten siempre en ciertos polvos, los de jalapa y ruibarbo por ejemplo, se mezclan con manteca hecha bolitas, que el animal traga muy fácilmente.

Vomitivos.—Los vomitivos, como el emético ó el kermes mineral, se disuelven en agua mezclada con leche en cantidad bastante para que el perro no rehuse la medicina. Dos granos de emético constituyen la mayor dosis que puede administrarse al perro más grande y robusto, manejándose de manera que trague al mismo tiempo la mayor cantidad de líquido posible, porque no hay medio de hacerle que beba en cuanto empieza á vomitar. Es muy bueno darle un poco de leche pura en cuanto el vomitivo ha producido sus efectos naturales.

Sangrías.—El veterinario es quien debe siempre sangrar á los perros, porque si la operación se hace mal, puede producir funestas consecuencias. Se practica con la lanceta ó con el fleme y en las mismas venas marcadas para los caballos, sacándoles desde una hasta cuatro ó cinco onzas de sangre, según la constitución del perro y la clase de enfermedad que padezca. Las mejores sangrías son en el cuello, que se oprime con un cordón para hinchar bien la vena que se haya elegido. El derrame se detiene en cuanto el cordón se



UN LANCE JOCOSO